

ÉPOCAS DE INTERVENCIÓN EN LOS DÓLMENES DE CUEVA DE LA PASTORA Y MATARRUBILLA (SEVILLA) Y ZANCARRÓN DE SOTO (HUELVA)

PERIODS OF INTERVENTION ON THE DOLMEN OF CUEVA DE LA PASTORA, AND MATARRUBILLA (VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN, SEVILLA) AND ZANCARRÓN DE SOTO (TRIGUEROS, HUELVA)

María Gracia Gómez de Terreros Guardiola, Dpto. Construcciones Arquitectónicas II, Universidad de Sevilla

El análisis de las intervenciones efectuadas en la arquitectura dolménica parece inicialmente una tarea de escasa complejidad. Sin embargo, tras el estudio de las actuaciones llevadas a cabo en los ejemplos de Matarrubilla, Cueva de La Pastora (Valencina de la Concepción, Sevilla) y Zancarrón de Soto (Trigueros, Huelva), se constata que interpretar la imagen que ofrece cada monumento, o entender cualquier restauración realizada en un tiempo pasado, requiere un profundo conocimiento del mismo, que va más allá de su simple visión. Es necesario remontarse a las diversas excavaciones y obras efectuadas sobre la construcción, llegando incluso hasta su descubrimiento, y establecer el nivel de conocimientos de cada época para poder interpretarlo con rigurosidad. Analizando de una forma somera la historia de los dólmenes de Antequera se constata un cierto paralelismo entre ellos y los anteriormente referidos. En ambos casos hay tres épocas de intervenciones bien diferenciadas: los descubrimientos a mediados del siglo XX; los años cincuenta a los años ochenta; y a partir de estos últimos años a la actualidad.

Los tres dólmenes citados fueron descubiertos entre la segunda mitad del siglo XIX y primer cuarto del XX. Inicialmente los excavaron y/o estudiaron eruditos y arqueólogos, entre los que destacó Hugo Obermaier (en Zancarrón de Soto, se siguieron sus recomendaciones). Matarrubilla y Cueva de La Pastora coincidieron

en encontrarse enterrados con el túmulo desaparecido, y todos ellos presentaban la orografía del terreno muy variada por la acción del tiempo. Las primeras actuaciones en los dólmenes sevillanos fueron de poca importancia, ya que las excavaciones arqueológicas que en ellos se realizaron aportaron escasos restos y fósiles: en Cueva de La Pastora se limitó a la apertura de una entrada, a la colocación de una cancela y al taponamiento del hueco que se había practicado para su acceso; y en Matarrubilla no se realizó obra alguna. Diferente fue en Zancarrón de Soto, donde sí se localizaron restos arqueológicos, donde su monumentalidad requería la completa consolidación y, fundamentalmente, donde la excavación y la intervención las llevó a cabo el Marqués de Soto. Los primeros arqueólogos que exploraron los dólmenes realizaron publicaciones de sus trabajos en las que describían parcialmente las construcciones (lo excavado hasta entonces): sus formas, materiales y estados de conservación. Queda patente que las primeras actuaciones se limitaron a las necesarias para realizar excavaciones arqueológicas primarias y a facilitar su acceso o su cierre. Para poder entender la pasividad de esta época hay que considerar el nivel de conocimientos de la misma. En el siglo XIX la Prehistoria nació como disciplina histórica independiente y la primera cátedra española de Arqueología separada de la de Historia del Arte se creó en 1900, en la Universidad Central, siendo las siguientes las de las Universidades de

¹ Este trabajo se inició en el marco del Proyecto I+D, con referencia PB98-0952, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología; y se continúa dentro del Proyecto I+D+I, con referencia HUM2007-62699, financiado por los Fondos Feder y el Ministerio de Educación y Ciencia.

Barcelona y Valladolid, en 1915 y 1925, respectivamente. Se tuvo conciencia de la importancia de los dólmenes, ya que en 1931 los tres fueron declarados Monumentos Nacionales, pero su historia inmediatamente posterior hace ver que no se supo o no se quiso intervenir en los mismos más allá de lo estrictamente necesario para su pervivencia.

Entre los años 1953 a 1967 se realizaron obras en los tres dólmenes, siendo Félix Hernández Giménez —como arquitecto conservador de monumentos de la sexta zona— quien recibió los encargos del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional¹. Las causas de las intervenciones fueron técnicas: Matarrubilla tenía varias losas de cubierta partidas en el interior de la galería y se encontraba al borde de su ruina y desaparición; Zancarrón de Soto presentaba movimientos de varios ortostatos; y ambos tenían problemas de entrada de agua. En Cueva de La Pastora se debió a daños producidos en su interior (cercanos en fecha al descubrimiento del tesoro del Carambolo, que ocurrió el 30 de septiembre de 1958 en una zona próxima del Aljarafe sevillano). En estos años, gran parte de los trabajos de la Dirección General de Bellas Artes se limitaron a las obras de consolidación y reparación estrictamente necesarias, y en ellas primó el respeto a las características morfológicas e históricas de los monumentos. Los proyectos presentaban memorias con escasos desarrollos teóricos, datos y argumentaciones históricas, y las planimetrías eran escasas y con pobres representaciones. Da la impresión que las actuaciones sobre el patrimonio histórico en estos años parecían confiadas a la sensibilidad histórico-artística del profesional, que podía actuar según sus criterios, sin debates sobre los métodos y principios de intervención.

Parte de este enfoque puede parecer presente en la actuación de Félix Hernández en los dólmenes, pero también hay otros planteamientos a considerar que matizan las intervenciones efectuadas por el arquitecto. A través del análisis de la documentación localizada sobre las obras llevadas a cabo por Félix Hernández se comprueba la rigurosidad arqueológica con la que llevó a cabo las restauraciones y las soluciones que aportó.

El arquitecto, inicialmente, reconstruyó lo necesario de las estructuras aún existentes en las construcciones, y continuó consolidando los elementos que surgieron en las excavaciones arqueológicas previas o simultáneas (fueron realizadas por los arqueólogos Collantes de Terán y Carriazo y Arroquia), con clara intención de respetar las características formales de los monumentos (en el caso de Soto, no hubo excavación, ya que la efectuada tras su descubrimiento fue bastante completa). Posteriormente, una vez establecido el estado de conservación proyectado, resolvió problemas de mantenimiento y conservación, como el acceso y cierre de los dólmenes, o impedir la entrada de agua de lluvia a su interior. Las casamatas de acceso proyectadas por el arquitecto partían de la inexistencia de elementos a consolidar y las soluciones que dio son complejas de analizar. La protección frente a la entrada de agua de lluvia constituyó un problema técnico, que aún persiste en algunos casos, y que se resolvió con pequeñas alteraciones del entorno. En realidad, el problema que tenían ante sí los arquitectos restauradores de la época se centraba en dos aspectos: la falta de recursos económicos en la España de la posguerra y la necesidad apremiante de intervenir en edificios en peligro de desaparecer. Las actuaciones tuvieron como principal virtud la discreción, consolidando y recuperando una parte fundamental de nuestro patrimonio. Se utilizaban materiales cercanos y en ocasiones la restauración se limitaba a la reutilización de los materiales originales; lo cual posibilitaba a su vez el dar trabajo a los artesanos albañiles, canteros o carpinteros que aún no habían perdido su oficio y se encontraban sin empleo.

El conocimiento arqueológico sobre la construcción de los dólmenes evolucionó rápidamente a partir de la segunda mitad del siglo XX. Hoy conocemos las técnicas que se utilizaron para el deslizamiento de grandes piedras sobre planos inclinados; y que en estas construcciones se ejecutaban los arranques de los túmulos y las verticales de cámaras y galerías interiores para, seguidamente, una vez contenidas las paredes, proceder a la cubrición de ambas, y se finalizaba con la recomposición del perfil del túmulo. Era usual que en este montículo artificial se dispusiesen pie-



001. Panel solar adosado al trasdós de la casamata de acceso al dolmen de Matarrubilla / Imagen: M^a Gracia Gómez de Terreros

002. Vista lateral de casamata de Cueva de La Pastora, con panel solar adosado, nueva entrada y ventana cegada / Imagen: M^a Gracia Gómez de Terreros

dras que evitasen corrimientos de terreno. La importancia del túmulo se incrementó de una forma ostensible según fue evolucionando el conocimiento de los dólmenes, como aporte de información de carácter técnico, y desde las nuevas lecturas que permitían dar a estos monumentos.

A principios de los años 80, la Subdirección General del Patrimonio Artístico, del Ministerio de Cultura, promovió una restauración en Zancarrón de Soto. El arquitecto Ismael Guarnier González redactó un proyecto que detallaba gráficamente el Dolmen con gran precisión y desarrollaba de igual forma las obras a efectuar. La intervención se llevó a cabo en los años 1982-1984, siendo rotunda tanto formal como estructuralmente. Se demolieron elementos de intervenciones anteriores que se consideraban perturbadores, tanto los de reposiciones formales como los de carácter estructural, sustituyéndolos por otros más respetuosos con el monumento y acordes con los conocimientos adquiridos sobre estas construcciones, como la reposición formal de parte del túmulo con relleno de tierra. Para la consolidación y restitución de elementos se emplearon materiales actuales como el hormigón armado, varillas metálicas y resinas epoxídicas. Simultáneamente, el arqueólogo Piñón Varela, en colaboración con Bueno Ramírez y Balbin Behrmann, realizaron excavaciones en el Dolmen, catas arqueológicas en su entorno y efectuaron

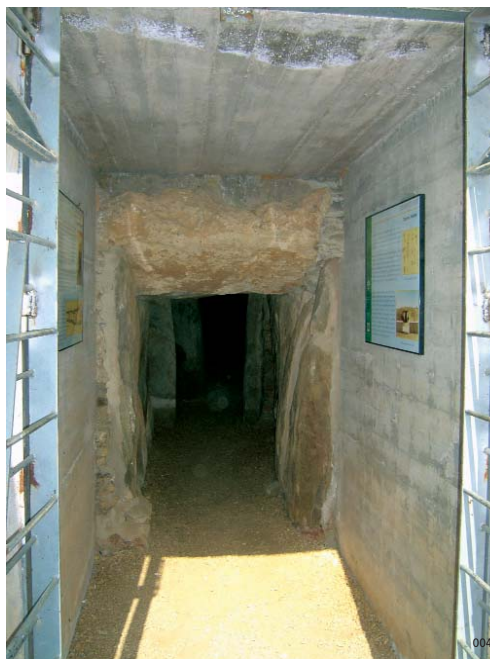
una revisión detallada de los ortostatos. Este trabajo permitió constatar que se trataba de una necrópolis y definió el túmulo en sus dimensiones y constitución.

En 1984 el Ministerio de Cultura transfirió sus competencias, en materia de patrimonio histórico a la Junta de Andalucía. En las dos últimas décadas del siglo XX los tres dólmenes sufrieron nuevas actuaciones, muy dispares entre sí. En 1989, promovido por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, se realizó un proyecto de restauración de Zancarrón de Soto y la construcción de una unidad de recepción de visitantes, redactado por los arquitectos Guillermo Duclos Bautista y Juan Manuel Real Molina. Las obras del Dolmen se realizaron en 1989-90. Se suprimieron los peldaños de la entrada, que se rehizo de nuevo en hormigón visto y resolviéndola en un plano casi horizontal; se buscó la longitud primitiva del corredor y se marcó virtualmente el anillo peristáltico mediante un pequeño muro de hormigón armado. De esta forma se aportó una nueva solución que acercaba aun más la imagen del Dolmen al nivel de conocimientos y que, de nuevo, aportaba soluciones tecnológicas acordes con la época.

La última intervención en Cueva de La Pastora acompañó a las excavaciones que se realizaron en 1991-92. Eran trabajos

003. Vista de Zancarrón de Soto desde su acceso por la unidad de recepción de visitantes / Imagen: M^a Gracia Gómez de Terreros

004. Entrada actual al dolmen de Soto, resuelto en horizontal con materiales diferenciados / Imagen: M^a Gracia Gómez de Terreros



arqueológicos previos a un proyecto de restauración, que no se llevo a cabo. Las obras que se efectuaron fueron: el cierre del antiguo acceso, la apertura de una nueva entrada, el cegado del hueco de ventana existente y la instalación de luz eléctrica por energía solar. La excavación afectó parcialmente al desarrollo del ándito perimetral, en la zona de la cabecera y en la inmediata a la antigua entrada del Dolmen que perdió la continuidad el recorrido proyectado en la intervención anterior. Actualmente, la percepción de la galería y la casamata da una lectura del Dolmen compleja y desvirtuada, y la edificación no presenta buen estado de conservación.

El Dolmen de Matarrubilla volvió a sufrir obras, declaradas de emergencia, en los años 1995-96, tras detectarse el avanzado estado de corrosión que presentan elementos de acero y algunas fisuras que hacían peligrar su estabilidad. Los técnicos del Dpto de Conservación del Patrimonio Histórico, de la Delegación Provincial de Sevilla, de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Juan Antonio Fernández Naranjo y Juan Luís Barón Cano, realizaron el proyecto y las obras. Éstas consistieron básicamente en actuaciones sobre tres tipos de elementos: las losas que cubren el corredor, la gran losa de cobertura de la cámara y la cubrición general del Dolmen. Se retiraron los elementos de anteriores restauraciones que presentaban daños y se ejecutaron sistemas similares, pero con formas que facilitaban su ejecución y materiales actuales que garantizaban mayor durabilidad, y se instaló luz eléctrica generada por paneles solares. No se realizó trabajo arqueológico alguno.

El futuro y la preservación de los tres dólmenes estudiados generan una cierta inquietud. Las lecturas que ofrecen en la actualidad son dispares, dependiendo cada caso de las intervenciones y los avatares acaecidos. Debiera existir una línea clara de actuación en ellos que optimizase su conservación y, fundamentalmente, debieran adoptarse medidas que permitieran mantener la imagen que presentan estas construcciones, tan importantes de nuestro remoto pasado, siempre en consonancia con la evolución de los conocimientos sobre la arquitectura dolménica.